

Adán Echeverría García

Encender la palabra para ahogarse

Ya tengo el *tokonoma*, el vacío,
la compañía insuperable,
la conversación en una esquina de Alejandría.
JOSÉ LEZAMA LIMA

Imbuirse en la tradición literaria sin dejar de lado el homenaje, la influencia, el sentir, y con todo y a pesar de, crear el propio espacio para la hoja blanca. Desde ahí puede darse una primera lectura de *& mi voz tokonoma*, y descubrirse en el caer de la voz, en las palabras que surgen del intelecto por una causa: haber sido tocado por el poema, por la luz, por la poesía toda: ese vacío. ¿Quién bajo los libros de una biblioteca como la de Alejandría no se sentiría pequeño? Ese vacío somos, en busca de la palabra, de la idea que pueda complementarnos.

Las lecturas son el cable que se tensa para encontrar el sonido adecuado que permite ser el espejo de otros: Villaurrutia, Lezama Lima, Cortázar, quizá Wallace Stevens, por ahí algún dejo de Sábines y hasta Ernesto Lumbreras, con quienes se puede visitar las coplas infantiles o los trabalenguas ("cucú, cantaba la rana, cucú, debajo de..."; los tristes tigres del trival, la muñeca fea en el rincón, temerosa de ser vista, etcétera), pues todo lo que va formando nuestra tradición vive y anida en este poemario como el sentir desbordado que apunta a una visión muy amplia, y es el alimento, el combustible que despierta la flama: "Anda carniza, que brille algo de tu fósforo", dice el poeta.

& mi voz tokonoma, de Efraín Velasco Sosa, no es en apariencia un libro de fácil lectura, en la medida que es un calidoscopio, un poliedro de significaciones que invita a la relectura desde el inicio. Hay que atender al ritmo que el autor ha pautado y que va más allá de la sonoridad, pues tiene en su cadencia de ideas, signos y significantes el complemento que lo presenta como un abanico de posibilidades que estalla en el rostro del lector como una caja de sorpresas y deleita con versos como "Algunos han muerto, algunos cables dan a tierra".

Se debe avanzar despacio y atravesar en silencio el vértigo y la velocidad en que se vierte la primera parte del libro, "Cae mi voz", a fin de reconocer en el subtítulo el complemento: "Y en sus briznas anida el ave Roc". Partir y entretenerse en el ludismo para atender a las corazonadas que pican la mano diciendo: "hey, esto lo he leído ya", como el *deja vu* del lector que va

reconociendo en estos versos la tradición y conjuga con el autor, descubre y cubre con la mirada el orden impuesto en una fundación total. Porque el lector mira caer la voz caer en la contemplación del bosque, y avanza con el poeta hacia el poema que dura y quema al mismo tiempo.

El poemario se ciñe en unos versos de Villaurrutia y está dividido en tres partes: "Cae mi voz", "Y mi bosque" y "Duraquema", en alusión al "Nocturno en que nada se oye": "... cae mi voz / y mi voz que madura / y mi voz quemadura / y mi bosque madura / y mi voz quema dura /...". De esta manera, enfila al lector hacia la soledad, la nostalgia y a mirarse en el espejo.

Efraín Velasco Sosa dice: "El libro lo escribí pensando en esa lectura íntima", y es ahí, en el deleite de reinterpretar los signos en la hoja blanca donde se da la complicidad con el autor en su búsqueda, pues en sus intenciones el lector se reconoce.

Como la poesía es ese ardor que dura y va quemándonos en cada nueva lectura, el autor cierra su libro con un apartado intenso y degustable: "Duraquema". En esta tercera parte, sin dejar atrás la ruptura de la forma, Velasco termina por ahogarse en el propio incendio del poema: "Uno está solo y mentira, para taladro como ese / apenas creer en la superficie bajo los pies". El autor traza la ruta hacia el erotismo con imágenes como "El hoyo que eres / no lo eres en femenino...". Sumido en la tradición literaria infantil, en esta parte resaltan las ideas que hacen de Caperucita un devenir erótico: "Durante algunos meses fuiste la más querida viviendo entre lobos". Puede el lector detenerse a mirar, voyerista al fin, la silla que deambula malintencionada por el cuarto, con dos ejemplares fornicando, ¿y quién no?

Es la tradición infantil el otro lado desde donde se puede mirar de nuevo el poemario. El ave Roc de la que habla Cortázar, la que empolla sobre el miedo, lleva al poeta a involucrarse en los pequeños misterios de las rondas, rimas y trabalenguas infantiles que dibujan la sombra del temor en las palabras, aunque sea ignorada al calor del ritmo de las cancioncillas. ¿Por qué están tristes los tigres del trigal? Y cómo no, si los alimentan con trigo. Pasó un caballero, vestido de negro. O que tal: "...esa vieja del otro día, día, día, día", ¿qué niño no se ha preguntado en secreto por ella? O ese bosque con su lobo feroz, aquella abuela enferma, el atajo...

Velasco lleva al lector de vuelta a la tradición infantil desde su ahora adulto, le arranca una sonrisa y se hace cómplice de él: "A cuántos llevaste al fondo de la espesura, a cuántos dejaste ahí, erectos y perdidos en el amor más vil, a cuántos lobos engatusaste con el vértigo que baila en tu canasta".

Cae la voz si nadie la escucha, cae hacia la flama del poema, hacia la luz de la hoja blanca, y ceniza ya, como punta de carbón, dibuja sus formas en el papel. Háganse los signos, signifiquen, que el poeta ha madurado las ideas, y éstas caen como frutos a la canasta del libro. Y con ese cúmulo de incendios en el vientre, el autor va por atajo hacia los lectores, ofreciendo sus racimos de fuego, incendiando las gargantas, los ojos, los sentidos: "Pues bien, hoy vengo por ti, ya es la hora, recoge tus migajas". **LC**

Efraín Velasco Sosa, & *mi voz tokonoma*,
Fondo Editorial Tierra Adentro, México,
Conaculta, 2008, 76 p.



Regresar al sumario

Volver a página principal

